

EL CAPITALISMO Y LAS RELIGIONES

Hace años ya se insinuó que “el mercado” parece funcionar como una religión. Quizá el diálogo interreligioso debería abrirse e invitar también a los representantes del mercado mundial. Quizá se conseguiría que el mercado se abriese a determinadas preocupaciones mundiales hoy ausentes de su horizonte. Y quizá el diálogo interreligioso no solo tuviese repercusiones conceptuales sino también repercusiones económicas.

Capitalism and the Religions, The Japan Mission Journal, 66 (2012) 154-162.

David Loy, en su ensayo de 1997, se queja de que “el mercado” parece, actúa y presenta demandas y promesas como si fuese una religión. Esencial y prácticamente para muchos -si no para la mayoría- “el mercado” funciona en sus vidas como una religión (o como se supone que actúa una religión). Decía entonces: “La religión es notablemente difícil de definir. Pero si adoptamos una perspectiva funcionalista y entendemos la religión como aquello que nos concreta y enseña lo que es el mundo y qué papel hemos de asumir en él, entonces... nuestro sistema económico presente debería ser entendido como nuestra religión, porque para nosotros ha tenido una función religiosa”. Naturalmente, existen diferencias substanciales en la autodefinición entre el mercado y la religión, pero existen asombrosas semejanzas en la forma en que éstas afectan nuestra forma de vivir.

Ahora bien, el mercado no se parece a las religiones precisamente por su promesa de bienestar y felicidad. Hay también una invocación implícita a lo que es misterioso, más allá del alcance de una comprensión humana completa y final. Para Joerg Rieger, “la mano invisible del mercado” viene a ser “un concepto casi teológico, que simboliza la fuerza que garantiza la prosperidad económica y el éxito... Esta creencia en el poder autorregulador del libre mercado se fundamenta íntegramente en la presunción de que se trata de un factor trascendente”. Y precisamente porque el mercado se cree a sí mismo dotado con esta casi dimensión trascendente, se permite presentar, como hace el Dios trascendente, exigencias totalmente absolutas. Rieger nos ofrece esta serena observación: “No necesitamos para nada que se nos repita que no existe una alternativa al capitalismo (como sucedía durante

la década de los 80 con Reagan y Thatcher). Nosotros, simplemente, lo creemos, ignorando el estatuto trascendente que ha asumido esta particular forma de actividad económica”. Y añade muy sensatamente: “Actualmente, mucha gente de los Estados Unidos, parece imaginar más fácilmente el final del mundo que el fin del capitalismo”. Allí donde la Iglesia medieval proclamaba: *Extra ecclesiam nulla salus*, el credo actual reza así: *Extra mercatum nulla salus*, es decir: ¡fuera del mercado no hay salvación!

Robert H. Nelson, profesor de Políticas Públicas en la Universidad de Maryland, explica también la necesidad del factor trascendente en la Economía Neoliberal de Mercado. La confianza de la gente en el poder transformador del interés propio requiere lo que él llama una base religiosa: “La plena expresión del propio interés dentro de la creación del mercado”, precisa “la bendición como un fundamento religioso”; ... “el buen resultado de un sistema económico puede depender directamente del carácter específico de creencia religiosa que sirve para habilitar normativamente el establecimiento del mercado”. Lograr, pues, una economía de resultado superior depende de la mejor disposición de una religión “eficiente”. Pero desde que la religión contemporánea y sus predicadores y teólogos, ya sea por falta de credibilidad o carencia de voluntad personal, no han llevado a cabo esta función de ra-

tificar o bendecir religiosamente el mercado, los economistas, según Nelson, han intervenido en esta disensión: “Los economistas han realizado su papel más importante en la sociedad americana del siglo XX como teólogos y predicadores de una religión... Más que ser técnicos neutrales, los miembros de la escuela económica de Adam Smith se convirtieron en los más influyentes sacerdotes de la edad moderna”.

Ahora bien, si el mercado funciona como una religión y ocupa un lugar entre “las religiones del mundo”, ¿no debería el diálogo interreligioso incluir también un diálogo entre las religiones tradicionales y esta nueva religión funcional denominada “el mercado”? Como en todo diálogo interreligioso, solo a través de este compromiso mutuo las religiones pueden competir unas con otras. Es más, solo con el diálogo podemos llegar a la conclusión que algunas religiones han de ser consideradas religiones falsas o peligrosas. Por esta razón, para poder contestar si el mercado es una religión verdadera o falsa, sugiero mantener un diálogo con él.

La gente religiosa y los teólogos necesitan un diálogo con el mercado, lo cual significa que han de ponerse en contacto con los economistas y la gente de negocios, que vienen a ser los teólogos y ministros de la religión del mercado. Y, a la inversa, también podría suceder que los economistas y la gente de negocios quisieran dialogar

abiertamente con teólogos y creyentes. Para ello vamos a apelar a Adam Smith.

Benjamin Friedman describe cómo la teología y los teólogos formaban parte de la amplia relación de eruditos, a partir de la cual Adam Smith y los primeros economistas daban forma a sus teorías y propuestas: “Hay razones para pensar que la influencia del pensamiento religioso era esencial para la creación de una economía, tal como la conocemos como disciplina intelectual, en el siglo XVIII”. No reivindica que Smith hubiese integrado la teología, expresa y conscientemente, en su perspectiva de política económica, sino más bien que las ideas religiosas constituían una parte de lo que Joseph Schumpeter denomina la “visión preanalítica” de aquella época.

Pero Adam Smith nos ofrece razones adicionales de por qué la ciudadanía de Wall Street y las oficinas de directivos, daban la bienvenida —o solicitaban— a las conversaciones con fieles y académicos creyentes.

Afirmaba que, en lo concerniente a nuestro esfuerzo para evaluar la realidad y determinar cómo hemos de actuar en ella, necesitamos la perspectiva de (o la conversación con) “espectadores imparciales”. Kathryn Turner contextualiza la sugerencia de Smith: “La disciplina de la teología, en un tiempo de callejones económicos sin salida, puede ayudar a abrir la imaginación económica”. También

Tony Judt, a pesar de su baja estima del significado social de las religiones, advierte contra los peligros de un “consenso permanente” en cualquier democracia, así como en cualquier departamento económico y añade: “Las tradiciones disidentes más eficaces y duraderas están arraigadas en las diferencias teológicas”.

Catherine Cornille opina que, si deseamos hablar realmente entre los interesados respecto las divergencias religiosas y culturales, hemos de disponer de algo que nos “interconecte”. No puede ser una “base común”, pero ha de haber “conexiones comunes”. Pensadores postcoloniales se pueden poner nerviosos ante cualquier propuesta del tipo de base común o de narrativa global o universal. Advertirán que todo lo que se ha avanzado en lo común o universal siempre será articulado y construido con los materiales de un contexto político particular. Lo que se sostenía como “común a todos nosotros” será en realidad “aquello que es preferido y provechoso para mí”. Estas críticas señalan que no existe en este caso un ejemplo mejor para definir el poder de explotación “de lo universal” que el mercado global, un baile al que están invitadas a participar todas las naciones y culturas, si bien la música proviene de una orquesta privada.

Ahora bien, si carecemos de algo consistente en común, si no podemos hacer reclamaciones que, a pesar de originarse en mi vecindario, también tienen sentido para el

tuyo, si no existe nada universal, entonces realmente somos extraños entre nosotros. Y cuando extraños que no tienen nada en común se encuentran en conflicto, la única solución será ponerse duro y descubrir quién es el más fuerte o quién dispone de mejores armas o argumentos.

Es precisamente aquí cuando lo que hemos llamado la religión de la Economía Neoliberal del Mercado está, paradójicamente, aportando un gran servicio a la comunidad de religiones. Está proporcionando lo que Cornille llama un pre-requisito necesario para el diálogo: las conexiones comunes. Se pueden hallar estas conexiones en el tremendo nivel de sufrimiento que la economía global y el libre mercado o han causado o no han sabido abordar - el sufrimiento surgido de la desigualdad económica y el sufrimiento de un planeta cada vez más deteriorado. Pienso que la naturaleza de la religión consiste en responder a este sufrimiento, es decir, intentar entenderlo y hacer algo al respecto.

La más sencilla y evidente razón que se presenta para justificar la propuesta que las religiones pue-

den constituir una respuesta al sufrimiento económico de la pobreza y de la degradación ambiental, consiste en que *éstas responden a la situación*. Soy uno de los privilegiados que hemos realizado el itinerario de un circuito en el diálogo internacional e interreligioso durante los últimos cuarenta años. Los últimos diez o veinte años, un porcentaje de entre un 70 y un 80% de estos compromisos interreligiosos se han centrado en problemas éticos de pobreza, violencia, derechos humanos y ecológicos y en la justicia de género.

De manera que, incluso si no hay una “esencia común” o una “experiencia común” que afecte a las variadas religiones del mundo, parece que hay una alineación de “problemas comunes” que las desafían a todas y reclaman una respuesta de todas ellas. Y, entre la aparición de tantos problemas, la economía global destaca como la más acuciante de la lista. Por esta razón y más que otras religiones mundiales, la religión de la Economía Neoliberal del Mercado está en una situación incómoda y necesita diálogo. Esta necesidad es un desafío y una oportunidad para las demás religiones.

TRES PRINCIPIOS PROFÉTICOS

Creo que podemos identificar tres citas proféticas que podrían reclamar la aprobación de todas (o, al menos, la mayoría) de las tradi-

ciones religiosas.

La primera de ellas concierne a la primacía del *homo socialis* sobre el *homo oeconomicus*. No me

refiero a un hombre carente de valor que corresponda al frecuentemente definido como *homo oeconomicus*, sino que éste parece encarnar un “logos” capitalista, de la misma manera que los cristianos afirman que Jesús es el Logos divino. El producto y el patrocinador del sistema de mercado libre es el propio ser humano, entendido como genéticamente dispuesto o determinado a buscar y satisfacer su propio interés o egoísmo y, asimismo, hacerlo por delante de otros intereses. “Se puede considerar que el ser humano actúa de forma completamente egoísta y se afana en aprovechar al máximo la tendencia dominante de la teoría económica” (Amartya Sen).

¿Cómo se podría relacionar esta antropología de la religión del mercado con la correspondiente a otras religiones? Sugeriría que son diametralmente, o al menos, ampliamente, opuestas. A pesar de que cada religión pone acentos distintos y con calificaciones que varían en cantidad y naturaleza, *las religiones enseñan que el egoísmo (self-interest) se ha de poner en relación con, y ha de ser equilibrado o expandido por, el interés ajeno (other-interest)*. La ética religiosa suele ser siempre paradójica. Ante una variedad de símbolos y con diferente intensidad, todas las tradiciones religiosas expresan a la humanidad que, paradójica pero prometedoramente, *el egoísmo (self-interest) equivale al interés del prójimo (other-interest)*. En los ideales de sus enseñan-

zas, aunque a menudo no en la realidad, la sabiduría de las tradiciones humanas llama a los humanos a realizar una co-inherencia entre el interés propio y el del prójimo (*other-interest*). Recibimos nuestro ser de otro y solo lo podemos mantener devolviéndolo a otro.

Jesús nos enseña que solo nos podemos amar verdaderamente a nosotros mismos cuando amamos al prójimo. Para Buda, la experiencia iluminadora es sentir compasión por todos los seres sensibles. Y Confucio enseña que, para lograr algo, hemos de ayudar a los otros a conseguirlo. De manera que podemos decir que el *homo religiosus* es más un *homo socialis* que un *homo oeconomicus*. Para ser quienes somos realmente, hemos de ser más de lo que pensamos ser.

De esta manera al axioma capitalista (“si buscamos nuestro propio interés, también promovemos el de los otros”), las comunidades religiosas responden que “si no estamos buscando también el interés de los otros, no conseguiremos el nuestro”. Los profetas religiosos están diciendo a los que buscan los beneficios del mercado que no puede haber ninguna prioridad. Paradójicamente, ambos llegan primeros, el propio interés y el de los otros. Poner alguno por delante, como parece hacer el capitalismo contemporáneo, es arriesgarse a una catástrofe o bien a la destrucción del sistema entero.

El segundo principio, con el

cual estarán de acuerdo las religiones, es que el mercado libre ha de ser el mercado moral. Si un sistema económico debe ser libre para trabajar, debe tener también una dimensión moral para trabajar bien. A no ser que elaboremos un consenso de valores morales —valores que nos llaman a cuidar de los demás para cuidar de nosotros mismos—, convirtiéndolos en principios, pautas e incluso leyes de un sistema económico, el sistema está destinado a su autodestrucción. La moralidad no puede ser algo externo.

Esto suscita la cuestión de si el capitalismo puede permitir que unos estándares morales se constituyan como su forma sistémica de funcionamiento. O bien, si se aceptaría un regulador externo que asegurase su funcionamiento moral. Si no son posibles estas alternativas, es evidente que existe una contradicción entre el capitalismo y los valores religiosos.

El tercer principio que podría formar parte de una plataforma interreligiosa para una política económica es el principio de la democracia. Una visión religiosa podría incluir en cada aspecto de la teoría y la práctica económica una preocupación general por el “poder del pueblo” (*demou kratos*) o, dicho más suavemente, “el poder compartido”. Si la antropología ha encontrado en la mayor parte de las religiones un fundamento favorable a lo que llamamos *homo socialis* (afirmando, al mismo tiempo, la religiosidad de lo individual y

los peligros del individualismo, así como los derechos de los individuos, con respecto a su comunidad, y la necesidad de limitar el poder individual por encima de la comunidad), entonces resulta que las religiones aprueban implícita y enfáticamente un sistema económico que puede ser perfectamente descrito como democrático. Un sistema que, para promover el bienestar de todos, estará en guardia para evitar la concentración de poder económico en manos de unos pocos. Más positivamente, una economía inspirada en los valores religiosos de reciprocidad y compasión compartirá no precisamente amor, pero sí poder; no caridad, pero sí oportunidad.

Para concretar un poco, me permito proponer que lo que estoy llamando “economía democrática”, puede ser incorporado adecuadamente en lo que hoy se propone como democracia económica. Estas propuestas provienen de diferentes lugares y muestran una gran variedad de matices y estructuras. Todas ellas se proponen realizar una nueva revalorización y una reestructuración de las divisiones entre los propietarios de los medios de producción y los mismos productores o trabajadores. Yo acentuaría dos caminos diferentes, pero complementarios, para conseguir esta nueva revalorización y reestructuración. El primero aspira a una combinación entre los que son poseedores y los que trabajan; el segundo consistiría en promover una colaboración interacti-

va entre ambos. Creo que ambos caminos son movimientos hacia formas de *propiedad democratizada*, que contribuyen a lograr una democracia económica en la cual

el ser-humano-como-ser-social, más que como un ser individualizado, es capaz de respirar, explorar y crear.

POLIFONÍA INTERRELIGIOSA

La insinuación de que las religiones puedan expresarse al unísono con respecto al tema del *homo socialis*, la moral del mercado y la democracia económica no significa necesariamente prescindir del carácter distintivo de expresiones complementarias de tradiciones diferentes. Evoquémoslas brevemente, teniendo en cuenta que lo que describiré representa un ideal, no necesariamente la práctica real de cada tradición. Tratando de identificar la expresión o ingrediente *distintivo* en cada religión, no busco lo que es único —es decir, lo que una religión tiene y las otras, no. Estoy tratando de situar estos elementos de creencia y convicción que ocupan un lugar central y definido con respecto a la identidad de cada religión —elementos sin los cuales los miembros religiosos de esta tradición no podrían reconocerse a sí mismos.

Las tradiciones monoteístas abrahámicas: justicia para todos

Para los descendientes religiosos de Abraham (judíos, cristianos, musulmanes) “conocer a Dios

es practicar la justicia” (Jr 22,13-16). Así, Yahvé, Dios o Alá es una realidad que no solo busca la transformación del corazón humano sino también la de la sociedad humana. Experimentar a este Dios y experimentar el impulso de actuar de alguna manera para reducir la angustia de la pobreza, son realmente una experiencia en sus expresiones recíprocas. La voz de Dios se escucha en la voz de aquellos que son pobres, o con mayor precisión, de aquellos que han sido empobrecidos. Lo que los cristianos consideran una opción preferencial para con el pobre, identifica el ingrediente común en la moralidad y espiritualidad de las tres religiones monoteístas mencionadas. El monoteísmo es la creencia no solo de que Dios es uno, sino de que Dios es justo.

Por consiguiente, estas tres religiones, aun manteniendo diferentes grados y formas, muestran serias reservas respecto a una separación relativa o absoluta entre la Iglesia y el Estado; o bien, entre la religión y el mundo político. La justicia proclamada por los profetas de Dios (Moisés, Jesús y Mahoma) se ha de encarnar en las estructuras, en las leyes, y en la prác-

tica de los negocios públicos y del mercado. Para los seguidores de Abraham, vivir la fe es a menudo un asunto complicado, que lleva a conflictos con el ayuntamiento o las salas de dirección. Pero todas estas tradiciones estarían de acuerdo con este aforismo: “Si quieres la paz, trabaja por la justicia”.

Las tradiciones indias: paz interior y compasión

Para lograr una sociedad en la cual se consiga un amplio florecimiento económico –es decir, una sociedad en la cual se satisfagan las necesidades básicas y se compensen las diferencias– las tradiciones religiosas que nacieron en la India y las culturas de Asia, priorizan la necesidad de una transformación de la conciencia humana. Reconociendo que estoy describiendo un amplio panorama y con trazos amplios que puede encubrir mucho más de lo que revela, creo, sin embargo, que sea a través de la meditación inmóvil del Yoga, o la devota danza del Krishna, o bien el estado de vacío de la meditación Zen, o la práctica contemplativa de la naturaleza Zen en el amor de Amida, todas estas prácticas tienen como objetivo una transformación de la conciencia, sin la cual nada funcionaría.

Mediante una ampliación o una pérdida del sentido individual de sí mismo, el practicante se encuentra centrado o experimenta

una paz interior que, al estar basado en una trascendencia de la propia identidad, conduce, necesaria y espontáneamente, a un sentido de conectividad con –y, por tanto, compasión de– los otros. Si uno no está comprometido con los otros y con la sociedad en su ámbito propio sin que prevalezca su sentido del ego (o mejor dicho, esté en camino de superarlo) y donde actúe sin una genuina compasión por los otros, realmente no podrá hacer mucho para una transformación de la sociedad. Esta es la provocativa y, sin embargo, estimulante frase de Thich Nhat Hanh : “Para construir la paz, se ha de ser pacífico”. Por esta razón, a la vibrante llamada de la creencia monoteísta: “Si usted desea la paz, trabaje por la justicia”, la tradición india completa el círculo y responde: “Si usted desea la justicia, trabaje por la paz –con usted mismo y con el prójimo.

Las tradiciones chinas: constante equilibrio de las diferencias

Para las religiones que fueron concebidas y fomentadas en China (taoísmo y confucionismo), una sociedad y una economía solo se puede sostener, en primer lugar, si se reconocen las diferencias incorregibles y mantienen estas diferencias en una relación equilibrada. Para cada Ying (principio oscuro pasivo femenino del universo) habrá siempre un Yang (principio

brillante activo masculino del universo). Para cada afirmación que se promueve con una cierta certeza, se presenta otra, natural e inevitable, en forma de calificación o reivindicación opuesta, que neutraliza esta afirmación y se mantiene entonces la situación primitiva. Por esta razón, las espiritualidades y ontologías chinas alaban las diferencias, pero solo con la condición de que las mismas promuevan y pongan en práctica una integración dinámica, equilibradora y vivificadora.

En suma: si la perspectiva abrahámica se inclina por una prioridad de la justicia respecto a la paz y las tradiciones indias prefieren anteponer la paz antes que la justicia, los chinos (en especial el taoísmo), señalan que no se pueden anteponer ni la paz ni la justicia. En la economía, como en la sociedad o en la realidad, no existen “preferencias” absolutas, sino solo una constante interacción vivificadora y sostenible, en la cual el primero será el último y el último será el primero.

Las tradiciones indígenas: la tierra y sus criaturas

La contribución característica de las tradiciones indígenas, que suelen ser omitidas frecuentemente en la ecuación de “las religiones del mundo”, es, tal vez, la más urgente. Claro y conciso: no puede haber un florecimiento humano si no es como parte del florecimien-

to de la tierra. Las más antiguas espiritualidades de la humanidad se han fundamentado y siguen manteniéndose con lo que Thomas Berry denominaría el libro más original, revelador y fundamental: la tierra y todas sus criaturas. Esta es la *Uroffenbarung*, es decir, la revelación primera y principal, que precede y debe proporcionar siempre el contexto y los criterios que han fundamentado las revelaciones escritas de las llamadas religiones del mundo. Estas tradiciones indígenas, en toda su inmensa variedad, insisten en que nosotros integremos esta primacía e integridad de la tierra en cada sistema económico, independientemente de cómo se denomine. Si todas las religiones apuntan hacia alguna forma de economía democrática, las religiones originales o indígenas, añaden un recordatorio crucial, en el sentido que el *demos* (el pueblo) que posee *kratos* (poder) en la economía ha de incluir el cosmos, o sea, las criaturas de la comunidad terrena.

Las espiritualidades indígenas nos advierten también a todos que los componentes esenciales de una economía floreciente y exitosa incluyen no solo paz y justicia social sino también la integridad de la creación. Por ello, el concepto de justicia ha de entenderse siempre como una justicia ecológico-humana. La paz debe arraigarse y nutrirse tanto en el corazón humano como en el corazón de la tierra.

PASOS PRÁCTICOS

¿Cómo podemos poner en práctica un diálogo entre la religión y la economía, entre líderes de comunidades religiosas y líderes de la comunidad de los negocios? ¿Qué podemos hacer para promover un diálogo interreligioso comprometido socialmente?

Creo que el proceso ha de ser de arriba a abajo (“top-down”) y de abajo a arriba (“bottom-up”), especialmente, este último. Mientras este compromiso interreligioso necesite la guía de los llamados expertos, y mientras pueda ser planificado y promocionado en asambleas internacionales, se trata de ver dónde arraigará este tipo de diálogo y dónde mostrará su posibilidad y su promesa. Si este diálogo no planta sus raíces en la tierra de las comunidades locales —¡la ciudadanía de base!— toda la “teoría” de los líderes o académicos religiosos no tendrá nunca la oportunidad de conectarse con la realidad de la ‘acción’.

De manera que siguiendo el liderazgo de expertos tales como Aloysius Pieris en Sri Lanka y Felix Wilfred en la India, sugiero que la gente que sigue diferentes caminos religiosos, pero que vive en la misma comunidad de vecinos o nación, forme lo que podría llamarse comunidades populares multirreligiosas. Siguiendo el modelo de las *comunidades cristianas de base* de la Iglesia latinoamericana, podrían ser asociaciones

de vecinos o quizá asociaciones nacionales que requerirían de sus miembros dos condiciones: 1^a) que sean seguidores comprometidos de una tradición o comunidad religiosa; y 2^a) que, sobre la base de sus creencias religiosas, estén dispuestos a hacer algo por su comunidad (o su ciudad, o su nación, o su mundo), es decir, respecto a los problemas económicos de la pobreza, del tráfico de drogas, de la falta de escuelas, de las bandas organizadas o tensiones raciales, que los amenazan a todos.

Estas comunidades populares multirreligiosas estarían organizadas desde la base, dentro de la comunidad local. Ciertamente, líderes religiosos —como ministros, sacerdotes, imanes, rabinos, gente mayor— juegan generalmente un importante papel en las reuniones y en la coordinación de tales comunidades. Pero la fuente y la energía de tales movimientos suele ser gente que vive, trabaja y hasta se divierte conjuntamente, pero que acuden a los diferentes lugares de culto los viernes, sábados y domingos. En mi contexto, en los Estados Unidos, el movimiento de comunidades populares multirreligiosas está tomando forma y, sin embargo, se determinan y organizan por sí mismos. Empiezan como grupos de gente de diferentes creencias que desean precisamente “hacer algo” conjuntamente. Y así van creciendo en comunidades que desean respetar, apreciar,

aprender de, y celebrar cosas los unos con los otros.

En conclusión: los capitanes del provecho económico, sea trabajando o enseñando en Nueva York, Londres, Tokio o Seúl, y los profetas de la religión, sea en Jerusalén, Roma, Yakarta o Nueva Delhi, tienen mucho que decirse los unos a los otros. Pero tal tipo de conversación entre los así llamados profesionales solo puede ser exitosa si se actúa rápidamente y

se eleva el nivel de la ciudadanía de base del pueblo sencillo, que lucha por conseguir una correspondencia entre sus esfuerzos en confiar en nuevas perspectivas y los esfuerzos que realizan para alimentar a sus hijos. Tales diálogos entre profetas y beneficios, entre creencias religiosas y negocios económicos, pueden conseguir una importante y quizá necesaria contribución, teórica y práctica, al bienestar de todos.

Tradujo y condensó: JOAN PUIGGRÒS I MODOLELL

Dicho de otro modo, la creación no es algo del pasado, sino del presente, el “*fiat*” creador no es un acto al comienzo (temporal) del mundo, sino que es el acto sempiterno de Dios con el cual Él “*crea*” las cosas a través del tiempo, lo que es un acto del presente. Cualquier persona contemplativa “*ve*” que “*Dios*” *hoy y ahora* da vida al mundo. Dios no está solo al inicio y al final del mundo, sino que lo está creando en la medida en que el universo es, subsiste y se desarrolla.

RAIMON PANIKKAR, *La puerta estrecha del conocimiento* (2009), p. 122